

# GRACHINA.

(TRADICION NABARRA.)



*Euskal-Erriaren alde.*

## I.

Límpidas, transparentes, argentinas, vibrantes, en alegres cascadas, se precipitan las risas de las segadoras de helecho. Así como los pajarillos saltan de rama en rama; así las carcajadas brincan de lábio en lábio.

El campo parece una inmensa cesta de flores: en vez de rosas se ven mujeres. La enramada está cuajada de gorjeos; la selva, de rumores; el arroyuelo de quejas; el valle, de aterciopeladas sombras; la yerba, de rayos de sol filtrados al través de las amarillentas hojas; las cumbres, de pálidas nieblas; el ambiente, de balsámicas emanaciones. Aquel día de Otoño parece un renuevo de la primavera. La luz se hunde tras las montañas, dejando envueltos los objetos en una atmósfera azulada, húmeda y rumorosa.

Veinte ó treinta muchachas, provistas de hoces, cortan los cimbreantes tallos de helecho. Las ramas, al caer, salpican las gotas del rocío, que á luz del sol, brillan como una explosión de diamantes. La escala cristalina de la risa sube, baja, se quiebra; ora murmura grave, ora resuena estridente, aquí se apaga, allí se dilata, una vez se confunde con el monótono gemir del agua, otra eclipsa el canto del ave y al fin se esparce por el resonante espacio en cuyo seno expira, de igual modo que una ola sobre las áureas arenas.

Ya el helechal está desprovisto de su ondulante cabellera y las segadoras empiezan á trasportar los fajos á las *bordas*, llevándolos sobre las cabezas. Con las sayas remangadas hasta la rodilla, desnudas las piernas, que aun conservan el tostado barniz del verano, esbeltas, erguidas, moviendo cadenciosamente los brazos como militares en marcha pasan rápidas, unas detrás de otras, ó en grupos, y por entre las frescas ramas que del fajo caen tapándoles las caras, se descubren nubes de carmin, argentadas sonrisas y reflejos sombríos ó azulados de brillantes ojos.

En el extremo más septentrional de la extension segada, junto al bosque, hay cuatro muchachas, sentadas unas en los fajos y ocupadas otras en atarlos. Una de ellas es delgada, morena, pálida, de nariz aguileña, boca grande, ojos muy negros que brillan como hornos y tiene un enorme lunar en el borde del lábio inferior y ángulo de la boca. Todo su cuerpo y actitud revelan fuerza, agilidad y decision. Su traje negro, pegado al cuerpo, dibuja unas formas escuetas, pero elegantes y nerviosas como las de un árabe.

La muchacha que habla con ella es, por el contrario, algo regordeta, blanca, sonrosada, con hoyuelos en la barba y en las mejillas, de ojos azules grandes, transparentes como un manantial que deja contar sus guijas, pestañas largas y curvas que reflejan sus hilos de oro en el cercano y azulado cristal, de nariz suavemente remangada, que comunica á su cándido rostro cierta expresion de maliciosa, á la vez que infantil curiosidad: niña, que apenas es mujer, mariposa que rompe el capullo y sacude sus pintadas alas, en tímido ensayo de vuelos.

—Esta noche, á las nueve, decía la morena, te espero sin falta. A qué viene esa cobardía? Has de ser tú la única de todas nosotras que se quede sin ver esas maravillas? Busca otras compañeras; nosotras, si no vienes, no te quereremos más.

La jovencita volvió la cabeza hácia otra muchacha que estaba atando un fajo de helecho y exclamó sorprendida:

—Cómo, Miquela, tú tambien piensas asistir al...

—Ya lo creo, replicó la interpelada, que era una moza de unos veintidos años, gruesa, de mediana estatura, de cara ancha y sin expresion. Y siento no haber asistido ántes.

—Lo ves, Grachina (1) miedosa, lo vés? Te hemos de pegar una zurra, como á las chiquillas que no van á la escuela,

(1) *Grachina*, Graciana.

—Pues bien, si la Miquela va, yo no quiero ser ménos exclamó Grachina repentinamente resuelta. Estás contenta, Josepa Antoni?

—Ya lo creo, contestó la muchacha morena, dándole muchos besos y abrazos. Verás qué noche. Qué placeres tan grandes! Qué bailes tan largos! Qué sucesos tan estupendos! Qué fogatas, como por San Juan! Qué *tun-tun* (1) como por fiestas! Allí encontrarás todo lo que puedes desear.

Y al pronunciar estas palabras los ojos de la Josepa Antoni brillaban como chispas, desprendidas por un martillazo, de un hierro candente, y las ventanas de su nariz, violentamente dilatadas, parecían aspirar embriagadoras emanaciones.

La fisonomía de Grachina fué perdiendo paulatinamente su expresión resuelta. Después de un corto silencio, dijo con voz temblorosa:

Hablar es fácil. La lengua se mueve sin estorbos en la boca, pero el cuerpo... Cómo salgo yo á esas horas de casa.

—Y cómo salimos las demás, tontaza? Andando callando y listas, Cómo sales tú, más de cuatro noches, á la puerta del corral y hablas con Martin Miquel, el de la *borda* (2) de Zugarrondo?

Y por cierto que ha noches alguien creyó ver que no sólo hablabais, sino que te acariciaba.

Grachina se puso colorada hasta las orejas. De igual modo la cumbre de *Archuri* (3) cubierta de nieve, se oculta entre velos de grana, cuando el naciente sol levanta las nieblas de la noche.

¡Mentirosa! Verdad es que hablé con Martin Miquel, pero no lo es que me acariciase.

—Pues si no fué entónces, sería en otra ocasión, ó nunca, si así lo quieres, replicó la Josepa Antoni riéndose á carcajada tendida. De poco te apuras. Cada una en esas cosas hace lo que mejor le acomoda. Ahí tienes á la Miquela que no es tan melindrosa; no se enfadaría por tan poco. En cambio yo, al hombre que se me acerca demasiado, le espanto las moscas de la cara. Esta noche á las nueve te espero detrás de la Iglesia. Allí estarán la Miquela, la Mai Andrés la Vithori, la Mai Cruch, la Juana Mari, la Cathalin y la Mai Batichta. Buena com-

---

(1) *Tun-tun*, nombre popular del tamboril en la montaña de Nabarra.

(2) *Borda*, caserío, sinónimo de *baserri*; propiedad rústica en despoblado.

(3) Nombre bascongado, primitivo y verdadero, todavía muy usado, del famoso monte llamado *Peña de Plata*. La castellanización del país basco, nos va robando hasta el nombre de las montañas.

pañía, verdad? Con los trajes del domingo y los zapatos en la bolsa del delantal, como cuando vamos al mercado de Sara, pecho arriba, hasta la punta de *Archuri!* Y una vez allí venga el tamboril, la pandereta... y la broma. Ahora, á casa, que es tarde.

Las cuatro muchachas cogieron á cada fajo de helecho, se lo colocaron sobre la cabeza y con paso rápido se dirigieron al pueblo de Urdax, pues las cuatro eran de la *calle* y no del *caserío*. Poco á poco se dispersaron todas. La que vivía más lejos era la Josepa Antoni. Esta se internó por unas callejuelas, convertidas con el rodar de las carretas de bueyes y las pezuñas del ganado mayor, en unos barrizales profundos y espesos, en los que se revolcaban los cerdos.

La Josepa Antoni, para no mancharse los piés, iba saltando ágilmente de piedra á piedra. Estas, colocadas en fila en ambos lados de la calle, formaban una especie de acera. Al doblar una esquina apareció un labrador mozo. Este, apénas vió á la Josepa Antoni, comenzó á sonreirse muy burlonamente y á mirarla con ojos desvergonzados y provocativos, además de pararse y cerrarle el paso ocupando todo el ancho de la acera. Al llegar junto á él, la muchacha tuvo que salirse al arroyo, metiéndose en el barro hasta cerca de la rodilla.

La Josepa Antoni se puso muy encendida; y al pasar, con un tono extraordinariamente desdeñoso dijo en alta voz:

—*Ergela!*(1).

—*Sorgiña!* (2) replicó el mozo riéndose con tanto estrépito, que dos ó tres viejas, para curiosear y oler, se asomaron á las ventanas.

## II.

Urdax yace silencioso como un pueblo muerto. La luna invade las tortuosas callejuelas del lugar con su luz fria y blanquecina. Algun perro ladra. La torre de la parroquia proyecta su silueta sobre el plateado suelo. El reloj lanza al espacio, una tras otra, nueve campanadas unísonas, cuyas vibraciones se apagan en el aire como un suspiro.

De lado á lado de la plaza, destacándose sobre el fondo blando del claro de la luna, pasan algunas sombras. Estas se agrupan junto á la

(1) Imbécil.

(2) Bruja.

Iglesia, gesticulan y se mueven. Ya no es uno, son varios los perros ladradores. Una sombra más pequeña que las anteriores, cruza la plaza y se une al grupo. Este se pone en movimiento. Vélase el disco de la luna, y las campanas de la torre, movidas por el errante y clamoroso viento, súbitamente desatado, como balbuceando, exhalan sordos tañidos.

El grupo se compone de once mujeres; entre ellas se encuentran nuestras conocidas. Sin pronunciar una palabra van de prisa, muy de prisa, trepando por las ásperas vertientes de Archuri: de cuando en cuando se oye la voz de la Josepa Antoni que yendo á la cabeza de todas, dice: *Aurrerrá!, aurrerrá!*<sup>1</sup>

El valle se muestra negro y profundo como un pozo. En la boca tenebrosa de la hondonada flotan undívagos y multiformes vapores pálidos unos, fosforescentes otros. Entre las ramas de los árboles brillan inmóviles los redondos ojos de los buhos que asoman sus cabezas curiosas. Los sapos cantan en las charcas; las culebras silban, ocultas en la yerba. Las matas aparecen coronadas de fuegos fátuos y al resplandor incierto de aquellos cárdenos penachos, se divisan perezosos limacos que dejan un argentado rostro, á manera de estela. Inmensos rebaños de ratas y ratones corren sobre el pedregoso camino, produciendo un estrépito como de redoble. La oscuridad y la luz, á medida del paso de las nubes trasforman el aspecto de las cosas, convirtiéndolas en otros tantos proteos. Los árboles, sacudidos por el huracan, parecen inmensos manojos de serpientes. Los picachos de Archuri, medio envueltos en niebla á la claridad, semejan escuetos fantasmas cubiertos de sudarios, y á la sombra, tétricas mujeres vestidas de luto.

—Ay, ay, gritó Grachina, notando que bajo las plantas de sus piés desnudos brotaban rojizas llamas que le subían por las pantorrillas.

—No hagas caso; eso no quema, dijo la Josepa Antoni pegando el suelo con sus anchos piés.

Y al golpe de ellos saltaron innumerables chispas, como cuando se sacude un tizon.

Repentinamente el espacio se llenó de voces; gritos, suspiros, carcajadas, imprecaciones, lamentos, quejas y amenazas resonaron de

---

(1) Adelante, adelante.

Norte á Sur, pasando como un turbion que barre la tierra. Los vapores del abismo centellearon y durante unos instantes la campiña se bañó en lívidos resplandores. En seguida las tinieblas fueron completas.

—Echate á un lado, Grachina, gritó la Josepa Antoni; sepárate, sepárate!

Apénas tuvo tiempo Grachina para apartarse del centro del camino. Un enjambre de hombres y mujeres, montados en cerdos, en escobas y en gallos, hendió los aires con vocerío y estrépito indecibles de hierros, tambores y trompetería, dejando tras sí humo y hedor de azufre y hollin. Por donde pasaba la alborotadora caterva, la tierra arrojaba bocanadas de fuego, con acompañamiento de estridentes detonaciones.

La montaña un momento ántes solitaria se habia poblado de gente. A todas partes que se mirára, descubria la vista personas; unas, jóvenes gallardas; otras, viejas retorcidas y como aterradas por el peso de los años; las de aquí, elegantes y finas; las de allá, harapientas y soeces. Parecía un hormiguero. Los fuegos fátuos avanzaban en *zig-zag*, huyendo de las rocas y buscando las zarzas, los helechos y las agomas.

Por la parte de atrás resonaron pisadas de caballo y surgió un resplandor. Momentos después llegaba junto al grupo de las mujeres de Urdax un hombre vestido con traje de eclesiástico, montado en un macho blanco, llevando á la grupa una horrible vieja, desdentada y barbuda de ojuelos brillantes, tan flaca y nudosa que parecia un haz de leña envuelto en trapos. Aquella mujer se reia con una voz chillona que rasgaba los oídos, saludando á todos con inmundos dicharachos. Al rededor de los ginetes iban unos cuantos hombres y mujeres ébrios, brincando y bailando al son de un destemplado tamboril y llevando humosas teas en la mano.

Grachina fijó sus curiosos ojos en el grupo del macho blanco y dijo á sus compañeras:

—Osambela ¡El señor cura de Zugarramurdi!

—No te dije yo, contestó la Josepa Antoni, que íbamos lo mejor de la tierra?

En aquel instante llegaron el del macho blanco y su acompañamiento junto á las muchachas de Urdáx.

—Cuidado, Miquela, gritó la vieja; se te conoce mucho la gordura del talle, y el dia ménos pensado, tu padre, que es muy bruto, te acariciará con una vara de acebo.

Miquela se tapó la cara con las manos y lanzó un sollozo: las amigas excepto Grachina que le tuvo lástima se sonrieron maliciosamente. Pero aquella impresión se borró pronto, porque acaeció un nuevo prodigio.

De los cuatro puntos del horizonte avanzaban, en columna cerrada, formas humanas, cabalgando en grullas, en buitres, en lechuzas y en cuervos, con tal barullo de aleteo, gritos desaforados, sonar de cencerros y cuernos y martilleo en almireces y calderas que parecía, propiamente, que el firmamento se iba abajo. Los ginetes del espacio atravesaban las tupidas nubes, saliendo de ellas con copos de grisientos vapores pegados al cuerpo, los cuales brillaban un levísimo instante al rayo intermitente de la luna con un fulgor pálido que se perdía en seguida en la negrura de otras nubes.

—Ya hemos llegado, dijo la Josepa Antoni parándose.

Y sacando los zapatos de la bolsa del delantal se los calzó, imitándole sus compañeras.

### III

El lugar en donde se hallaban era una extensa meseta alfombrada de menuda y espesa yerba. La concurrencia era también innumerable, como las yerbas del suelo, y á cada minuto se acrecentaba con nuevas personas que desembocaban por todos los lados de la montaña.

Muchos se agrupaban en torno de hogueras. A la luz de estas se distinguían muy diversos tipos. Niños, jóvenes, hombres, mujeres, viejas rotas y remendadas, tiznado el cuerpo de hollín, desdentadas, narigudas, y pelonas. Gran parte de los allí congregados llevaban enroscada al cuello una víbora ó puesto sobre el pecho un lagarto. La misma Josepa Antoni, con gran maravilla de Grachina, sacó del seno uno de estos animales y se lo colocó encima del corazón á manera de escudo, insignia ó cruz.

Por el acento y variedad del bascuence, así como por los trajes y tipos comprendió Grachina que en el aquel yermo se hallaban presentes gentes de toda la Navarra basca, desde Roncal y Salazar hasta la Burunda, de los pueblos máscercanos de Guipúzcoa, como Oyárzun, Irún, Rentería, Pasages, Fuenterrabía y Lezo y del país del Labourd.

No tardó Grachina en quedarse sola. Cada una de sus compañeras

fué encontrando un compañero al que se reunió, no sin demostrar ántes con espresivos gestos cuán grande era el placer que proporcionaba el encuentro. Segun notó Grachina, la mayor parte de los asistentes andaba apareada.

Al poco rato de estar sola topó Grachina con una jovenzuela, que en sus ojos negros, pelo crespo, tez curtida y bronceada, formas esbeltas y olor á sardinas, revelaba á cien leguas ser una *Cascarota* de Ziburu.<sup>1</sup>

—Túeres nueva, como yo? Tú no has estado nunca aquí, verdad? preguntó la *Cascarota* con ese apresuramiento en el hablar propio de las mujeres de su raza y clase, las cuales como siempre van corriendo para vender la sardina, ahorran en pronunciacion el tiempo que las paradas les hacen perder en piernas.

—Jamás, contestó Grachina.

—Pues unámonos, replicó la *Cascarota* tomándole el brazo. Antes de ser de las de aquí, conviene ver lo que hacen. Mi madre y mis cinco hermanas son, y se relamen de gusto los dedos cada vez que asisten á un *aquelarre*. Mira, en medio de todo tengo un poquito de miedo de estar aquí, entre ésta gente endemoniada, por más que haya visto llegar á los curas de Ascain y Saint-Pé.

—Y yó tambien, contestó temblando Grachina.

—Pues mejor que mejor para estar juntas. Dos semi-cobardes hacen un casi-valiente.

El tañido de una campana puso en movimiento á toda la muchedumbre. Grachina y la *Cascarota*, imitando á los demás, se dirigieron al centro de la meseta.

Allí habia un trono de madera negra, con dosel rojo, y en él sentado un ser espantoso y grotesco á la vez, medio hombre y medio-chivo, con la frente armada de dos enormes y retorcidos cuernos, panzudo como un hidrópico, y flaco como un esqueleto, de ojos encandilados y saltones, boca hendida hasta las orejas; negro desde la pezuña hasta la raiz de la cornamenta y cubierto de una lana lacia é inculta. Sentados á sus piés estaban Osambela y la vieja que con él cabalgaba en grupas. A la izquierda se levantaba un campanario de madera, y á la derecha un tablado y una cruz toscamente formada con

(1) Los *Cascarots* que habitan en Ciboure son del mismo origen que nuestros gitanos. La mayor parte de ellos se dedica a la pesca y sus mujeres é hijas venden el pescado en Biarritz y Bayona.



dos troncos de árbol retorcidos y nudosas. Del trono brotaban llamadas de olor azufrado, unas veces rojizas, otras cárdenas, otras azuladas, otras lívidas, pero jamás claras y alegres.

El diablo (llamémosle por su nombre) se puso de pié y resonó una inmensa aclamacion de amor y entusiasmo. En seguida el tétrico monarca del abismo, se volvió de espaldas, se echó á gatas sobre el trono, levantó la cola, y presentó el trasero al público. Ejecutar este acto soez y precipitarse la gente á adorarle, poniéndose para ello de rodillas todo fué uno. Aquel inmundo besuqueo duró cerca de una hora.

Terminado ese pleito homenaje, dos hombres subieron al tablado: provisto el uno de un *chistu* (1) y el otro de un tamboril. Grachina los conoció en seguida. Eran los tamborileros de Echalar. Las agudas notas de la *chirola* rasgaron el aire, los redobles del tamboril despertaron á los ecos de las montañas, y la mayor parte de la muchedumbre cogida de las manos, comenzó á bailar dando vueltas al rededor del trono.

La música de los tamborileros era como nunca la habia oido Grachina; viva, embriagadora, excitante, una especie de tentacion carnal diluida en notas chillonas que se filtraba por los oidos y desataba todos los instintos y enardecía todos los sentidos é irritaba todos los apetitos. La chusma bailarina brincaba y se movía delirante, lanzando alaridos, carcajadas y blasfemias, presa de un ardimiento bestial. El trono vomitaba llamadas rojizas que envolvian á los séres y objetos en una aureola infernal; la montaña trepidaba. El cielo estaba negro y las nubes tan bajas, que los bordes de las más próximas a la cumbre se teñian con los reflejos de las llamas del trono, apareciendo como inflamadas. El viento ululaba en los barrancos y en los bosques. La niebla, abismada en el valle, se movia lentamente de un lado á otro, como una densa humareda.

La danza cesó á una señal que el diablo hizo á los tamborileros. Jamás á un movimiento más vertiginoso sucedió una inmovilidad más completa.

La vieja que estuvo sentada á los piés del demonio y junto á Osambela se levantó y sin sombra de pudor, tan cínica como fea, comenzó á desnudarse. Eran de ver sus carnes denegridas, sus piés ásperos y

(1) *Chistu*, *chirola*, silbo ó flauta rústica de los bascongados.

mugrientos, sus pechos lácidos y arrugados como dos vejigas desinfladas, su vientre abombado, sus melenas grises y despeinadas sueltas por la espalda, sus rodillas nudosas, sus brazos secos como cañas, sus piernas retorcidas como alfanges, sus manos huesadas, anchas y vello-sas como las zarpas de un orangután.

Sobre las espaldas de la vieja echaron un paño blanco y ella se colocó á cuatro patas, formando una especie de mesa ó altar; Osambela se revistió de alba, roquete, casulla, etc., como para celebrar misa. Y en efecto, ayudado por un chicuelo de aspecto miserable, practicó una parodia del santo sacrificio, alzando una hostia negra y un cáliz coronado de llamas carmíneas y humeantes. Terminada la misa negra, el celebrante y la vieja adoraron al cabron demoniaco, y los tamborileros volvieron á sonar sus instrumentos, bailando al son de ellos la bruja y el diablo una danza obscena y torpísima que alcanzó aplausos y vítores sin cuento.

El diablo tomó asiento en el trono y dijo con voz cavernosa:

—Si hay algun neófito que quiera profesar mi religion, salga afuera, acompañado de su padrino ó madrina. Yo estoy dispuesto á admitirle en mi iglesia, concediéndole todas las gracias, beneficios y privilegios que disfrutaban mis creyentes.

Hubo unos instantes de expectación general, y la Josepa Antoni, acompañada de la Miquela, salió al centro del círculo.

—Y decía que hoy era la primera vez que venía, murmuró Grachina; me engañaban, en eso y en todo.

—Ola, mi bien amado Izarbeltz (1), dijo el diablo dirigiéndose á la Josepa Antoni, veo que persevera tu buen celo de apóstol; si todos mis vasallos fuesen como tú, pronto el mundo estaria sometido á mi regimiento y gobierno. Esta noche serás mi pareja en la gran danza de los cuerpos desnudos.

La Josepa Antoni se arrodilló y besó tres veces la pezuña del diablo. En seguida dijo:

—Gracias, Señor; no soy digna de tanta distincion, pero tú lo puedes todo y al humilde lo levantas en alto.

—Ponte de pié, mi predilecta Izarbeltz, y habla.

—Señor, aquí hay una mujer que desea entrar en tu iglesia para adorarte y servirte eternamente.

---

(1) *Izarbeltz*, estrella negra.

—Con qué nombre?

—Con el de Osiñbeltz (1).

—Ha cometido algun acto grave contra los dogmas ó la moral de mi enemigo?

—Sí; ha cedido á los halagos de un amante.

—Bueno. Adelántate, Osiñbeltz. Es cierto que quieres entrar en mi iglesia?

—Sí, señor, es cierto, respondió la Miquela con voz temblorosa.

—Es cierto que estás dispuesta á adorarme y á servirme obediéndome en todo y amándome sobre todas las cosas?

—Sí, señor, es cierto.

—Es cierto que confesarás mi fê en público y que sufrirás por ella la muerte y el martirio?

—Sí, señor, es cierto.

—Es cierto que estás dispuesta á abominar de todo lo que has adorado hasta el día, y á despreciarlo yá cubrirlo de ludibrio y que reniegas de ello?

La Miquela vaciló un instante, y con voz más temblorosa todavía, añadió:

—Sí señor, es cierto.

—Pues bien; adórame, Osiñbeltz.

El diablo se volvió de espaldas y la Miquela le adoró segun rito.

Una formidable exclamacion estalló como un terremoto. El trono arrojó á manera de surtidores, dos inmensos chorros de fuego, que se perdieron, culebreando, en las nubes.

El diablo se sonrió con expresion de siniestra alegría y dijo:

—Osiñbeltz, ántes llamada María-Agustina-Micaela Goyeneche, hija del caserío Gañecoborda, donde siempre habitaron cristianos, me perteneces para siempre. En testimonio de mi perpétua soberanía, márcala con mi sello, Izúrritebeltz. (2)

Osambela, ó sea Izúrritebeltz, se acercó á la apóstata, y agarrándola por el cogote con la mano izquierda, sin hacer caso de sus gritos de espanto y de dolor, le marcó con una moneda de oro en la niña del ojo izquierdo la imágen microscópica de un sapo, distintivo tradicional de los sectarios de Satán en la Euskal-Erría.

(1) *Osiñbeltz*, hortiga negra.

(2) *Izúrritebeltz*, peste negra.

—Arrodíllate nuevamente, Osiñbeltz.

Así lo hizo ésta, y el diablo, sacando de su seno un gran lagarto, se lo entregó diciendo:

—Cuida más que de tu propia vida de este animal sagrado y maravilloso. Con su baba fabricarás un unguento que te tornará invisible y te permitirá volar por los aires montada en cualquier objeto ó animal, sin que nieblas, ni mares, ni montañas, ni bosques, ni barrancos, ni rios, ni paredes, ni cadenas, sean parte bastante á detenerte, y el licor que ciega, atonta, enloquece, enferma á hombres y ganados y mata, lenta ó súbitamente, segun se quiera. Llévalo siempre contigo y siembra de maleficios los campos, las casas y los corrales de mis enemigos y de los tuyos. Sé libre y sácia todos los deseos de tu cuerpo. Siembra la soberbia, la gula, la avaricia, la lujuria y todos los demás pecados por el mundo. Cuando nazca tu hijo no lo bautices y mátao. Nadie sabrá nada, excepto yo, que estaré contento. Coge ahora tres piedras del suelo, ponte frente á esa cruz, repite mis palabras y haz lo que te mande. Concluido esto bailaremos todos y nos entregaremos á la orgía, hasta que la aurora blanquee las nubes de Oriente.

Osiñbeltz cogió las tres piedras y se dispuso á obedecer.

—Repite mis palabras: «Maldito seas tres veces, signo de obediencia, de caridad y de abnegacion. Maldito seas, amuleto nazareno, porque consuelas. Reniego de tí y me voy con el eterno Proscrito, con el gran libertador.» Apedrea la cruz.

Habia estado Grachina siguiendo toda esta escena con una curiosidad mezclada de terror y repugnancia inauditos. Las piernas le flaqueaban, y sin embargo, levantaba la cabeza todo lo que podía para mirar por encima de los hombros de las personas que estaban delante de ella. Pero al oír las blasfemias repetidas por la Miquela y ver la primera piedra lanzada por ésta rebotando en el leño de la cruz, dió un salto hácia atrás y horrorizada exclamó:

—Ah Jesús ona ¡Ene andre biryina Maria!

Estas palabras, pronunciadas á media voz, resonaron extraordinariamente con un timbre cristalino, dulcísimo. Un alarido desesperado y rabioso las contestó, y aquella obscena y sacrílega chusma, como ceniza aventada por el huracan, se despeñó monte abajo ó se absor-

---

(1) Ah buen Jesús! Mi señora Virgen María!

bió en las brumas del horizonte, quedando solitaria en medio de la alta planicie, la pobre Grachina, ya medio muerta de miedo y de pena. La hermosa niña se arrodilló delante de la cruz, lloró mucho, pidió perdon á Dios de todos sus pecados, se encomendó á la Santísima Virgen y herida en el corazon, tras un congojoso grito cayó exánime.

Un ángel, más radiante que el sol y más perfumado que un jardin en Mayo, bajó lentamente, se cernió sobre Grachina, recogió su alma, fugitiva del cuerpo, y la subió al cielo.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Varios arrieros que aquella noche atravesaron el puerto de Osondo dijeron al día siguiente, que á eso de las dos de la madrugada notaron sobre Archuri, un refleio como de arco iris, pero mucho más brillante; que los pájaros, creyendo, sin duda, ser aquella tornasolada luz la aurora, rompieron en gorjeos y trinos; que aquella claridad fué alejándose hácia arriba, hasta extinguirse completamente y que oyeron repicar de campanas, música de arpas y cánticos muy dulces y lejanos.

Tres días después, los pastores de Urdáx y Zugarramurdi encontraron el cadáver de Grachina, en la cumbre de Archuri, hermosa como en vida, sin más desmerecimiento que la palidez de los labios y de las mejillas.

ARTURO CAMPION.

